

¿NOS DARÁN LARGAS?

Jesús Miguel Martín Ortega
(Diario de León, 16-X-2022)

Una de las novedades que Jesús señala de Dios es su cercanía. Durante muchos siglos el pueblo judío había considerado a Dios como un ser inaccesible. Bastaba con mirarle o decir su nombre para caer fulminado.

Pero Jesús sorprendía al llamar “Abba” (Padre) al Altísimo Todopoderoso, al innombrable: tuvo que sonar blasfemo a los oídos de aquellas gentes. Más aún, cuando afirmaba que Dios y él eran uno, pues Dios estaba en él y él en Dios. En ese esfuerzo pedagógico por acercar a Dios a las personas, insistía una y otra vez en que lo fundamental era la oración: que no era cosa de los sacerdotes del Templo sino lo propio de todos los hijos e hijas de Dios. En una sociedad secularizada, que ya no valora la fe, resulta extraño hablar de la oración. Sin embargo, la oración, sincera y constante, pone de manifiesto la cercanía de Dios. Cuando lo que se experimenta es la ausencia de Dios, lo primero que desaparece es la oración. No hace muchas décadas, algunos que sabían rezar se negaban a hacerlo por cuestiones políticas o ideológicas; hoy, algunos que quisieran rezar, no pueden porque no saben hacerlo.

La verdadera oración, cimentada en una fe auténtica, reporta numerosos beneficios: abre a la trascendencia y, por ende, amplía los horizontes de la propia existencia; da confianza al ponernos en las manos de Dios; favorece la salud mental porque afecta a la integralidad de la persona; promueve el compromiso transformador de la realidad; impulsa la justicia y la amistad social; ofrece la paz interior del alma y el equilibrio con el cosmos; genera identidad filial y construye fraternidad universal en el amor del Padre Dios. Ante tantos beneficios no parece inteligente prescindir de la oración. Hay quien defiende que no sirve para nada...Decía Jesús que si el juez injusto, según la parábola, atendería a la pobre viuda por su insistencia ¿Dios nos dará largas a quienes le pedimos? Sin duda que no. Pero, claro, esto depende de la fe.